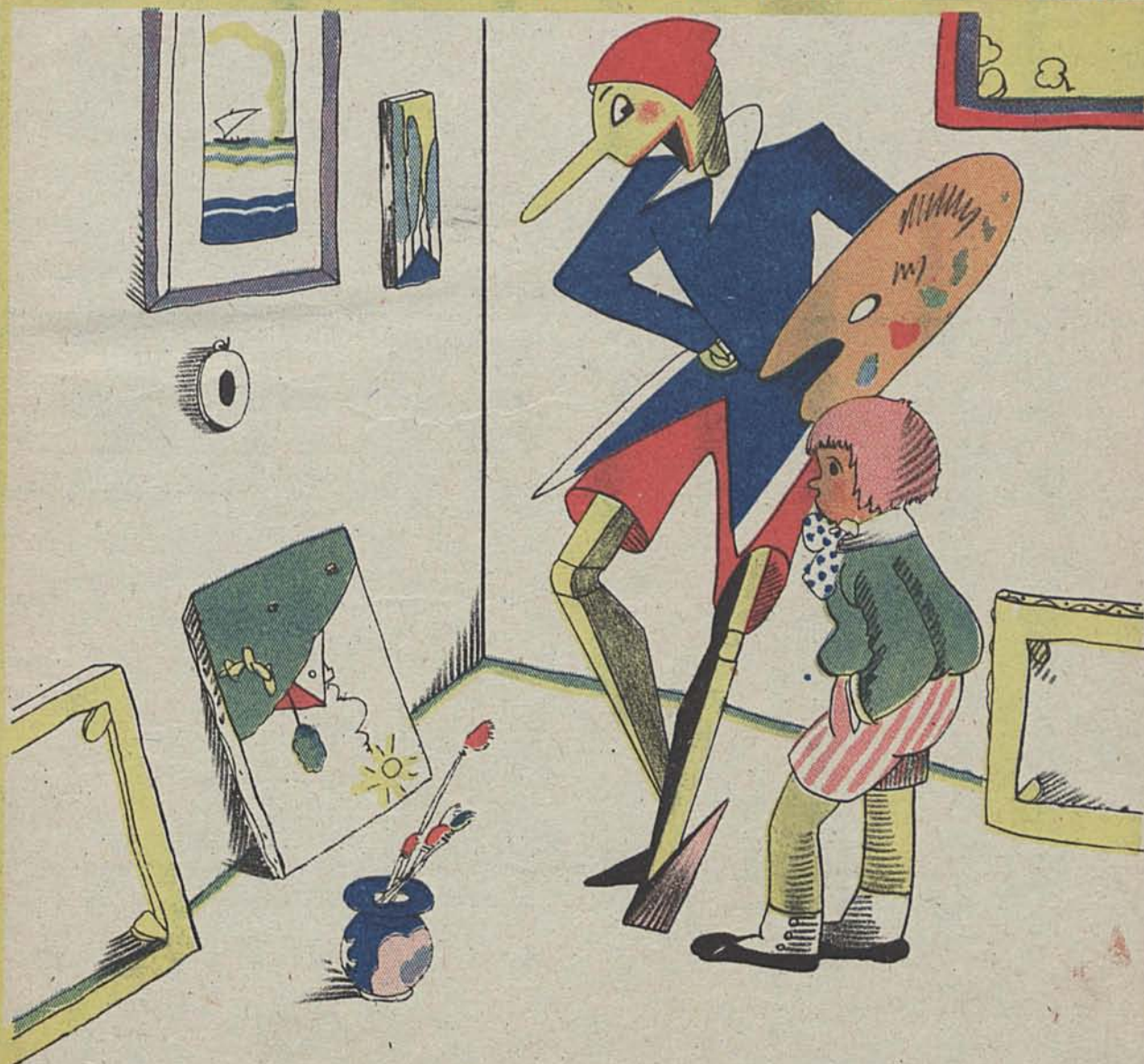


# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 281

25 cts

6. JULIO  
1930



- ¿TE GUSTA ESE CUADRO?  
- ¡MUCHÍSIMO!  
- ¡PUES AUN TE GUSTARÍA MÁS SI LO MIRASES AL DERECHO!

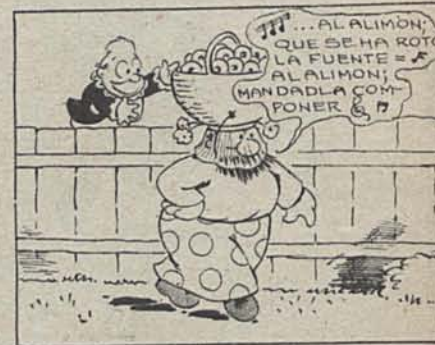


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



2-16-30

Copyright Press Publishing Co. (New York World) 1930.





*Pájaro de la Noche* al morir éste?

—Sí, después de la descarga he oído dos relinchos en vez de uno. ¿Estaba todavía vivo el caballo del indio?

—Sí; y es una verdadera lástima que haya muerto, porque no he visto un animal tan hermoso ni tan blanco.

—¿Blanco has dicho, John?

—Sí, coronel.

—¿De mayor tamaño que los ordinarios?

—Casi el doble. Soy capaz de asegurar que no hay en todas las praderas otro que se le iguale.

El coronel retrocedió dos pasos, diciendo:

—Pero, ¿qué cosas suceden esta noche? ¿Qué desventuras son las que me aguardan? ¡Hace veinte años que las espero...!

—Mi coronel—dijo el *indian-agent*, absorto ante el abatimiento de su jefe, tan valiente siempre—, ¿qué os sucede?

—Si es *Red*, no tardará en tomar el desquite a la cabeza de los *sioux*!

—¿Y de quién es *Red*?

—De Jalta.

—Pues quedo tan enterado como antes.

—Tú entonces estabas lejos de aquí. Combatías en la Sonora con Kearney. ¡Llévame a ver ese caballo! ¡Es preciso que yo le vea!

El *indian-agent* dirigió al coronel una mirada compasiva, ató a la india a un palo de la tienda, y luego, cogiendo una linterna, dijo:

(Continuación)

—Señor Devandel, ¿habéis oído el relincho que lanzó el caballo del

—Vamos, señor Devandel. Los centinelas han vuelto a sus sitios, y no hay que temer una sorpresa, al menos por ahora.

La luna seguía brillando siempre en el cielo, casi despejado de nubes.

Los dos hombres, después de recomendar la vigilancia y de darse a conocer a los centinelas avanzados para no recibir un tiro, se alejaron de la línea de carros, dirigiéndose a la sombría garganta del *Funeral*, donde el pobre *Pájaro de la Noche* yacía inerte sobre un charco de sangre.

Al acercarse los dos hombres, tres o cuatro aves de rapiña que estaban al acecho, dispuestas a hacer presa en el cadáver, echaron a volar.

El coronel se detuvo ante el indio, haciendo un gesto de horror.

—¡Ah, la guerra...!—murmuró—. ¡Y yo le he matado, a pesar de que tenía sangre blanca en las venas! ¿Quién será su padre? ¿Quién su madre? ¡Dios mío, qué recuerdo!

—Coronel—dijo el guía, cogiéndole suavemente por la casaca—, ¿qué os pasa esta noche? ¡Nunca os he visto tan agitado! Aquí está el caballo que montaba el *Pájaro de la Noche*.

El coronel se precipitó sobre el cadáver del soberbio animal.

Un grito de espanto se escapó de sus labios.

—¡Red! ¡Mi Red! ¡Oh; le conozco todavía, después de veinte años!

—¡Un caballo venerable!—dijo John con algo de ironía.

—¿Has visto alguna vez otro igual?

—Nunca, coronel.

—¡Era el caballo de la leyenda india! ¿Cómo ha venido a morir aquí, al lado mío? ¿Quién se lo dió al indio? ¡Ah, John; aquí se esconde un terrible misterio!

—¿Cuál?



—¡Y yo que he dejado a mis hijos lejos, en mi hacienda!

—Porque están lejos los creo seguros, coronel.

—¡El odio de aquella mujer la llevará hasta allí, sobre todo ahora que están sublevadas las tres grandes tribus!—dijo el coronel con profunda emoción.

Sucedió un breve silencio, interrumpido sólo por el lúgubre grito de una *coyote*, el pequeño e inofensivo lobo de las praderas.

—¡Vamos, coronel!—dijo el guía, que comenzaba a preocuparse—. ¿Estáis seguro de que sea éste el gran caballo blanco? ¿No podéis engañaros?

—¡No! ¿No ves sus formas y su gigantesca estatura?

—Eso es verdad, señor Devandel; pero podréis decirme qué relación hay entre este caballo, una mujer de nombre indio y vuestros hijos? Hace seis años que guerreamos juntos, y nunca me habéis hablado de esta misteriosa historia.

El coronel permaneció algunos instantes en silencio, mirando unas veces al caballo y otras al indio. Después, agarrando fuertemente por un brazo a John, le dijo:

—¡Ven; es preciso que te lo explique todo! ¡Así, tal vez me quedará más tranquilo!

—Sí; ahora me parecéis agitadoísimo.

—¡Se diría que me amenaza una terrible desgracia!

—Tratemos de evitarla.

—¿Están en sus puestos los centinelas?

—Todos. No hay que temer una sorpresa. Los *sioux* no tienen más que un camino para llegar aquí: la garganta del *Funeral*.

Atravesaron la explanada, ocupada por los furgones, y volvieron a la tienda.

John atizó el fuego, dirigió una mirada a la india, que parecía adormecida, destapó luego una botella de *gin* y ofreció un vaso al coronel, destinando para sí otro.

—Esto os dará valor, mi coronel, y disipará vuestras negras ideas.

Se sentaron uno frente a otro en sendas sillas de caballos, con la botella en medio.

El coronel cogió un vaso y lo apuró ávidamente.

—La historia que voy a contarte—dijo—se remonta a hace veinte años. Al igual que otros muchos aventureros, yo había comenzado mi carrera como corredor o cazador de las praderas. El indio respetaba todavía al hombre blanco, al cual necesitaba para proveerse de armas, licores y vestidos, y no se corrían grandes riesgos con aventurarse hasta las inmensas soledades del Far-West. Es verdad que de vez en cuando no volvían algunos expedicionarios, que dejaban su cabellera como sangriento trofeo entre las manos de los crueles indios. Ya era yo un famoso tirador y había contraído muchas relaciones en distintas tribus, cuando un día caí en las manos de un numeroso grupo de *sioux*.

—¡Los más terribles demonios de las praderas!—dijo el *indian-agent*, encendiendo una pipa monumental—. ¡Nunca han perdonado al hombre blanco!

—Es verdad, John. Cuando fui preso me tuve por perdido, y me vi ya con espanto sometido a la cruel tortura.

—Felizmente escapásteis por entonces—dijo el guía riendo—. ¡Aún veo vuestros cabellos sobre el cráneo!

—Sí; pero...

—¡Continuad, coronel!

—¿Conoces la leyenda del gran caballo blanco?

—Sé que todos los cazadores de caballos del Far-West, así como las tribus indias, pretenden haber visto entre los demás caballos salvajes uno blanco, maravilloso, con las crines, la cola y los cuatro cascos blancos también como la nieve. Muchas noches, alrededor del fuego, he oído a los *navajoes*, los *arrapahoes* y los *chayennes* hablar con misterio de ese extraño animal, que decían se presentaba unas veces en un territorio y otras en otro, desafiando a los más hábiles cazadores.

—¿Y has dado crédito a esas narraciones?

(Continuará en el número próximo).

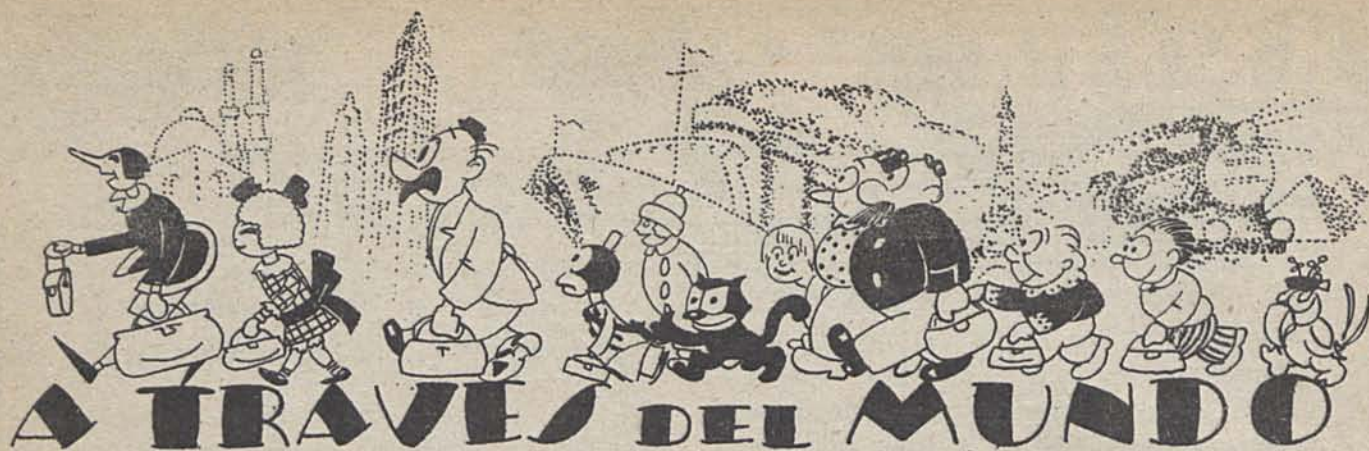


# ANITA

## BUEN-CORAZON







## LA VENECIA DE ASIA

Siam es, con la India, uno de los países donde se encuentran los más curiosos monumentos del mundo.

La caravana pinochista, de regreso del Japón, ha aterrizado en su aerobús en unos terrenos cercanos a Bangkok, capital del imperio siamés, y se disponen a hacer una visita a la interesante ciudad del Extremo Oriente.

Caminan todos juntos por un terreno apenas accidentado por pequeñas colinas. Ya desde lejos se divisa la ciudad de Bangkok. La silueta no puede ser más pintoresca y atractiva. Multitud de torres y agujas destacan sobre el fondo celeste, semejando una población europea de muchos campanarios o una ciudad musulmana de muchos minaretes.

—¿Tiene muchos habitantes Bangkok?—preguntó el curioso Chonón.

—Más de setecientos mil—respondió el sabio buho—Y como la mayor parte de las grandes ciudades asiáticas encierra en su recinto otras ciudades de muy diferente aspecto. Ciudad popular; ciudad real; ciudad indígena; ciudad europea.

La primera, o sea la ciudad popular, está surcada por muchos canales, invadidos por un gran tráfico comercial que se efectúa en canoas de forma semejante a las góndolas italianas, por lo que ha merecido el nombre de la Venecia oriental. Pero estas góndolas no son solamente medios para transportar viajeros y mercancías.

—Son casas, son casas—, exclamó Currinche—al ver una de dichas barcas amarrada al borde de un canal.

—Efectivamente, son casas—añadió el buho—. En este país vive mucha gente sobre el agua. La tierra anda escasa, y hay que aprovecharla para el cultivo. Los siameses, lo mismo que los chinos en muchas ciudades, han resuelto el problema de la vivienda haciendo construcciones flotantes. Y hay sobre los canales edificios de madera destinados a los más varios usos. Barcas-hoteles, barcas-restaurantes, barcas-casas de juego. Porque, dicho sea de paso, los siameses padecen el horrible vicio del juego, como los chinos y como muchos indios.

Hay otras viviendas que no flotan sino que están construidas sobre estadas clavadas en el fondo del canal y se llega a ellas por una larga escalera que arrancando del nivel del agua conduce a una amplia plataforma sobre la que pende un gran farol de junco que sirve de guía por la noche a los viajeros del canal.

El encanto de estos canales es sorprendente en las afueras de Bangkok, pues se navega por ellos casi sin ver el cielo y a la que la exuberante vegetación de sus márgenes los cubre y los convierte en túneles de verdura, donde se disfruta de un delicioso fresco en el verano.

Existe también en Bangkok un pintoresco barrio chino, porque en Siam, como en toda la Indochina abundan los chinos que es una bendición. Y esto se explica porque hasta hace pocos siglos los diversos reinos indochinos eran vasallos del Celeste Imperio y los chinos iban a aquel país a buscar







fortuna, del mismo modo que los españoles se dirigían a Flandes en la época en que aquellas tierras estaban bajo nuestro dominio. Por otra parte los siameses son algo indolentes y poco activos para el comercio, circunstancia que los chinos aprovechan para extender sus grandes dotes comerciales.

Todos sabéis que los chinos son comerciantes desde que nacen.

—Bueno, bueno—exclamó Corretón—. ¿Comemos? Tengo un apetito inaguantable. Si fuese antropófago me comería a Tin y a Ton doraditos al horno.

—¡Asesino!—gritó Tecla, dándole un sombrillazo en la cabeza—. ¿Serías capaz de morder en la carne de esos dos tiernos angelitos? ¡Si son dos santos, los pobrecitos!

—Es que a mí el cabello de angel y los huesos de santo, me encantan—replicó Corretón—apretándose con un duro el soberbio chichón que acababa Tecla de erigir en las cercanías de su coronilla.

—¡A comer! ¡A comer!—intervino don Turu—. Hace hambre, señores.

—¡A comer!—añadieron todos.

¿Pero dónde? Nadie conocía la población y era preciso un guía que los condujese a un restaurant.

Sin saber cómo ni de dónde, surgió uno inesperadamente. Era un chico menudo y regordete. Casi no se le veía la cara porque se la tapaba la ancha ala de un sombrero de paja. Llevaba fuera los faldones de la camisa y caminaba descalzo.

Hizo con la mano el ademán de comer y echó a andar. Todos, como un solo hombre, le siguieron.

Caminaron y caminaron rato y rato. Calles, plazas, plazuelas, canales, puentes, más calles y el restaurant deseado no llegaba nunca. Aquella caminata se hacía más larga que un día sin pan.

Al fin, el pequeño guía, se detuvo ante un largo caserón de una sola planta. Señaló a la comitiva de los expedicionarios la puerta de entrada y les hizo ademán invitándoles a que pasaran dentro.

Todos los expedicionarios, uno a uno, fueron entrando y una vez que pasó el último, desapareció el guía como por encanto.

¿Era realmente un restaurant aquel oscuro y lóbrego edificio?

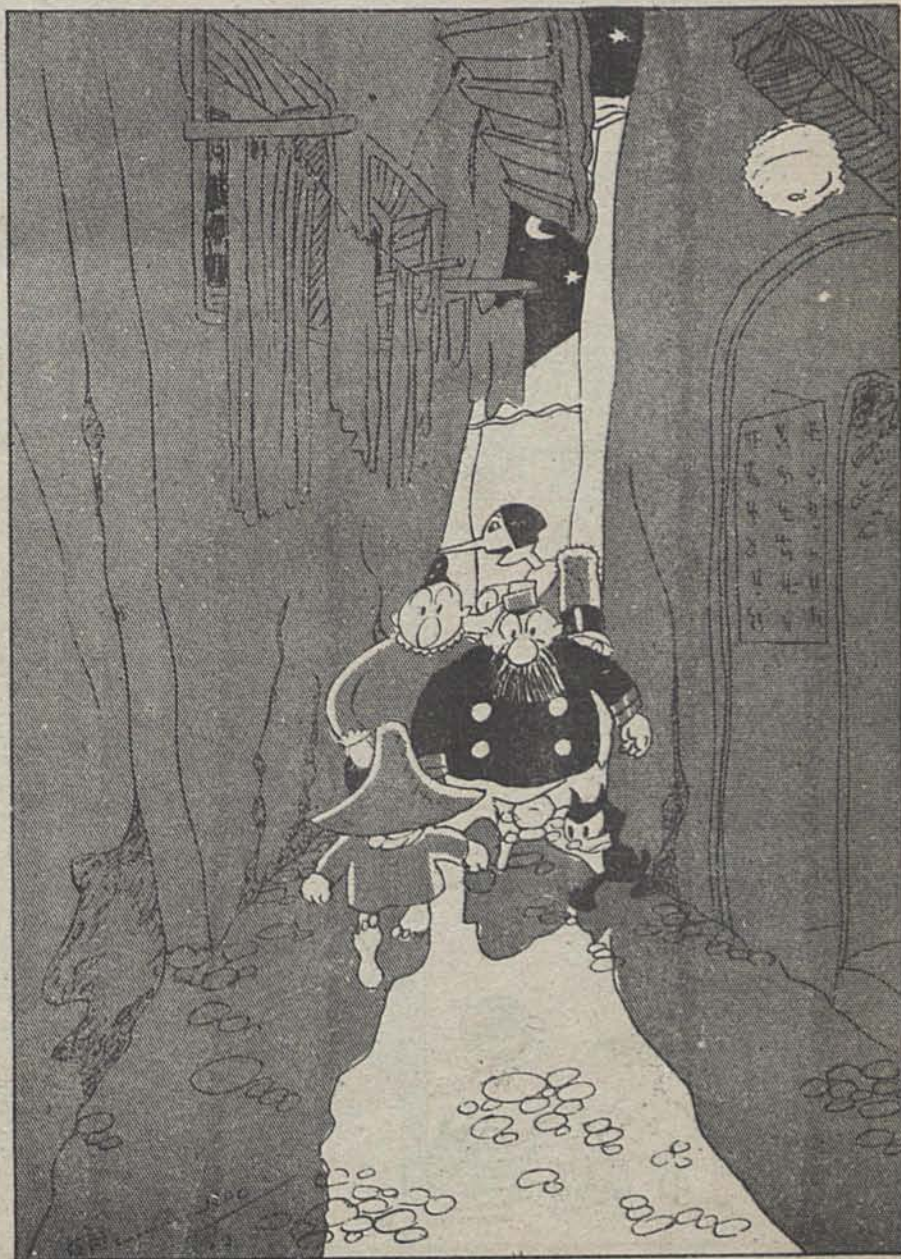
No lo fué nunca. La expedición entera había caído en el cepo de un fumadero de opio en cuyo interior se reunía gente de la peor calaña. Si no salen pronto de allí los dejan hasta sin ropa.

—¡Que me traigan a ese guía traidor que me lo voy a comer en escabeche!—rugió Corretón mesándose las barbas.

Pero el guía había desaparecido. Es decir... no había desaparecido. Nosotros que estamos en el secreto sabemos que esta fechoría fué una de las muchas de Tin y Ton. La Tormenta le quitó a un chico el sombrero y el Ciclón se lo puso y se fingió guía. Esto fué todo. Los expedicionarios no lo saben, y vale más que no lo sepan porque si no se acababan definitivamente las travesuras de estas dos fieras.

Pasó la tormenta, renació la calma, y al fin dieron con un restaurant donde los dejaremos comer tranquilamente.

(Continuad.)







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¿PERO ES QUE CON EL SOL QUE HACE NOS VAMOS A PASAR EL DIA EN CASA?

NO SEÑOR, EN CUANTO ACABE DE ESCRIBIR ESTE TOMO DE HISTORIA NATURAL TE SACARÉ A PASEO



DESDE HOY VOY A DARTER CONFERENCIAS CIENTIFICAS, YA ES HORA DE QUE SALGAS DE ESE ESTADO DE CEPORREZ EN QUE TE ENCUENTRAS

¡QUÉ VIDA ÉSTA!



CAPITULO PRIMERO. EL OSO BLANCO, LLAMADO ASÍ POR LA POCHERZ DE SU PLUMAJE ES EL PEZ MAYOR DE LOS QUE SE SUBEN A LOS ARBOLES. PASA LA VIDA VOLANDO, SE COME LAS MANZANAS Y AL FINAL LA DIÑA

ME CHOCA



CAPITULO SEGUNDO. EL PUERCO ESPIN O RANA DEL MAR AZUL, SE COME A LOS NIÑOS QUE NO ESTUDIAN Y SÓLO SE ALIMENTA DE EMPANADILLAS. ODI A LOS FLORIPONDIOS Y SE LEVANTA MUY TEMPRANITO. LA DIÑA TAMBIEN AL FINAL



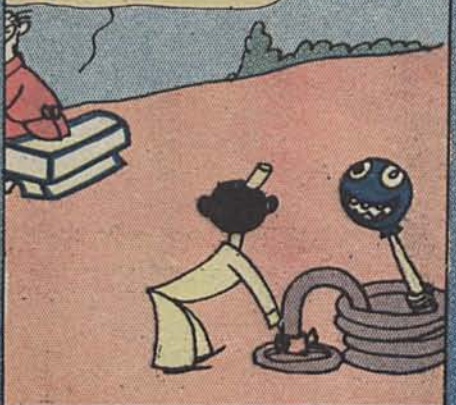
CAPITULO TERCERO. LA CABRA PASTORALIS QUE PRODUCE EL QUESO DE BOLA Y LAS RICAS NATILLAS, ES MUY NOMBRADA, PUES EN CUANTO SE REUNE GENTE, TODO EL MUNDO DICE ¿"CABRA PASAO"?



LA PULGA DOMESTICA O NINFA DE LA NOCHE, NI DUERME NI DEJA DORMIR, POR CULPA DE ELLA AL DEDO GORDO SE LE LLAMA PULGAR



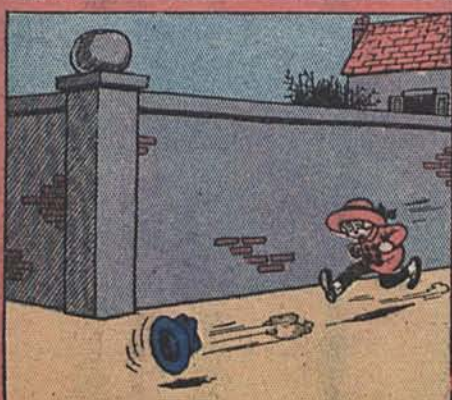
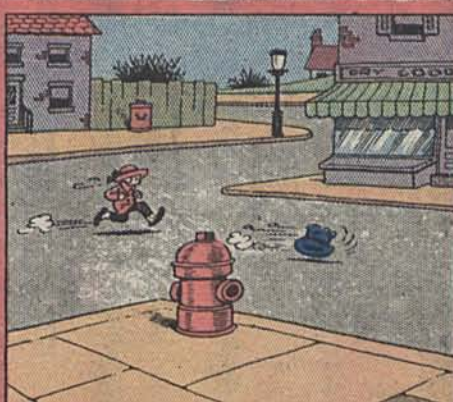
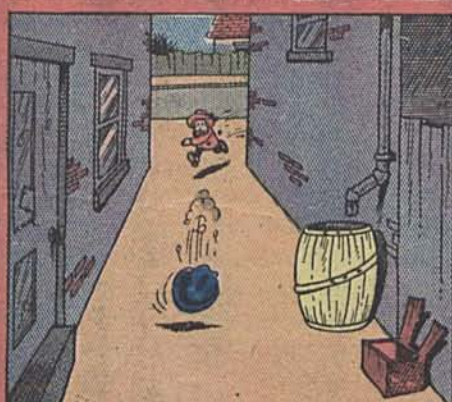
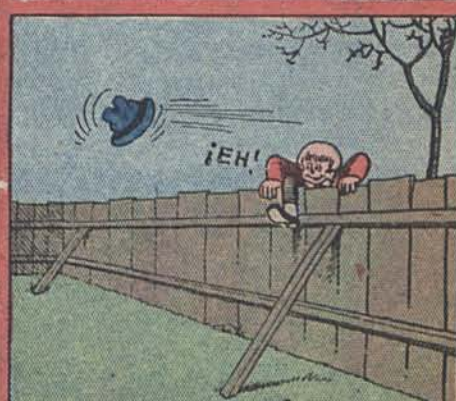
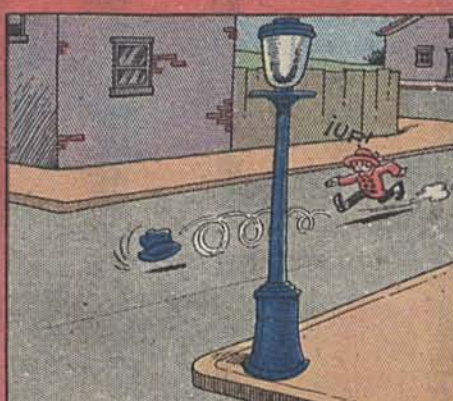
LA SERPIENTE BOA O FIERA CORRUPTA DE LOS PARQUES, ATACA A TRAIÇION POR LA ESPALDA, ARRASTRÁNDOSE POR EL SUELO Y.....







# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

## LOS BUÑUELOS DE LA REINA

Casillas

**L**o que voy a referir ocurrió hace ya mucho tiempo. No había entonces automóviles, ni aeroplanos, ni teléfono, ni fonógrafo, ni ferrocarril, ni luz eléctrica, ni cine, ni teatro, ni siquiera tranvías, ni sellos de Correos. No había agua en las casas, con lo cual la gente era bastante sucia como comprenderéis. En fin faltaba casi todo lo que hoy nos parece más esencial e indispensable para vivir. Y sin embargo las gentes vivían contentas y no echaban de menos ni esas ni muchísimas otras cosas, por la sencilla razón de que ni las habían visto ni podían verlas, porque no existían, ni aún imaginarlas; porque habían de pasar siglos antes de que los grandes descubrimientos de la Ciencia nos proporcionasen esas maravillas y otras, como el telégrafo, la radiotelefonía, los submarinos y lo más importante de todo: los adelantos de la Medicina y preceptos de la higiene con que hoy se combaten enfermedades terribles que en aquellos tiempos, y en otros posteriores, han asolado a la humanidad. Hoy por ejemplo el niño más pobre se vacuna y queda libre de la horrible viruela; y en aquellos tiempos nadie podía hacer nada para curarla y menos para prevenirla, así que muchos personajes de los más encopetados, incluso reyes y princesas, que entonces eran amos del mundo, murieron de viruelas o se quedaban desfigurados para toda su vida por esa odiosa enfermedad.

Os digo esto para que apreciéis la singular fortuna de haber nacido en vuestra época, llena de atractivos y de esperanzas de otros aún mayores.

En la época a que me refiero, que es el siglo XV, reinaban en España los Reyes Católicos, doña Isabel y don Fernando, los cuales, a punto de terminar, como por la Historia sabréis la gran empresa de la Reconquista de nuestro territorio, invadido, ocho siglos antes, por los mahometanos, decidieron poner sitio a Granada, último baluarte del poder musulmán.

El ejército cristiano plantó sus tiendas en un sitio que recibió el nombre de Santa Fe, a cosa de una legua de la ciudad

cercada, y allí se construyeron casas de lienzo encerado, lo cual dió lugar a que los moros quedaran sorprendidos viendo surgir, de la noche a la mañana, un pueblo en donde el día antes no había sino algunos matorrales y alguna que otra piedra.

Comenzó el sitio con mucho brío, pero la empresa era difícil, porque Granada, en aquel tiempo, estaba muy bien defendida por fuertes murallas y castillos y por un número considerable de moros valerosos y bien armados.

Cuenta el cronista Diego Pérez de Hita que al llegar el día de Todos los Santos, en el cual era ya costumbre, aun conservada en muchos puntos de España, la de comer buñuelos, sintió la Reina doña Isabel deseos de rendir culto a la tradición; pero se tropezó con una grave dificultad, que en todo el ejército no se encontró quien se comprometiera a hacer los buñuelos en debida forma.

Estaba con los Reyes Católicos en Santa Fe el famoso Gonzalo Fernández de Córdoba, apellidado después por sus victorias el *Gran Capitán*. Era de simpático y varonil rostro, no muy alto de cuerpo, pero tan elevado de espíritu, que toda su persona tenía un aire de majestad que imponía a amigos y adversarios. A pesar de su corta estatura, su fuerza muscular correspondía al ánimo de su corazón, demostrándolo en repetidas ocasiones. En un combate cerca de Granada, y a la vista de los Reyes Católicos, un moro muy corpulento le dió tan tremendo tajo en la cabeza, que sin el casco, y sin el escudo sostenido con hercúlea fuerza, le hubiera muerto sin duda alguna; y aún así defendido, tan violento fué el golpe que no pudo evitar el inclinarse doblando una rodilla. Fué tal su vergüenza e indignación que, tirando el escudo y empuñando con ambas manos su espadón, dió a su contrario tal revés, que le rebanó la cabeza.

El Gran Capitán fué el primero que concedió a la infantería la importancia que tiene en los combates, así como también a la artillería, de cuya arma, entonces rudimentaria, sacó gran partido. En las batallas de Ceriñola y Garellano, nuestros infantes, casi indefensos, destrozaron a los dos ejércitos







franceses más brillantes, pereciendo en la primera el propio duque de Nemours, que era el general en jefe.

Nadie supo como él utilizar la entonces naciente ingeniería militar, valiéndose del célebre Pedro Navarro, el primer ingeniero militar de su tiempo.

Muchos años después de la toma de Granada, cuando regresaba de Italia cargado de laureles, después de haber conquistado un reino para su patria, Fernando V, mal aconsejado por los envidiosos, tuvo la osadía de pedir cuentas al Gran Capitán del empleo del botín conquistado. Célebres se han hecho en la Historia las «Cuentas del Gran Capitán» en las que consignaba, entre otras partidas: «Para palas, picos y azadones para enterrar a los enemigos de V. M., mil millones.

Y por haber tenido la paciencia de oír a V. M. pedirme cuentas, dos mil».

Pues bien; esta esclarecida figura de nuestra Historia, al enterarse de que la Reina tenía deseo de comer buñuelos, preguntó quién sabía por allí cerca fabricarlos, y le dijeron que en Granada había una mora buñolera famosa por el buen arte con que los hacía.

Gonzalo de Córdoba marchó a su tienda, se procuró un traje de moro y disfrazado con él montó en su caballo de guerra y marchó a Granada a todo galope. Al llegar a la puerta gritó en árabe, cuya lengua conocía perfectamente: «¡Servicio del Rey!», y le dejaron pasar. Llegó a todo escape a la buñolera, y, acercándose a la puerta, hizo seña a la buñolera de que se acercase. La mujer se aproximó al disfrazado caballero, el cual, apenas la tuvo a su alcance, la cogió por un brazo, y levantándola en alto, la sentó sobre el arzón. Sujeta con el brazo izquierdo, y enristrando la



lanza con el derecho, picó espuelas al caballo, y éste salió disparado por las calles y plazas, hasta volver a la puerta de la ciudad. Esta vez arremetió, sin decir palabra, lanza en ristre, y, aprovechando la sorpresa de los centinelas, salió hacia su campamento.

A todo esto, la buñolera no había dicho esta boca es mía, porque creyó que todo lo

que le pasaba era cosa de encantamiento, y se había desmayado del susto. Después de todo, fué lo mejor que pudo hacer, pues de otra suerte hubiera obligado a Gonzalo a tomar con ella otra determinación, por ejemplo, con frases dulces y halagüeñas, persuadirla de que nada malo le sucedería estando en poder de un caballero cristiano.

Llegado que fué el Gran Capitán al campamento de Santa Fe con su buñolera, ya más animada, pues el fresco y la velocidad del caballo la habían sacado de su patatús, acercóse

Gonzalo a la tienda de los Reyes y, bajándose del caballo, dijo: «Señora: Vuestra Alteza (aún no se decía a los reyes *Majestad*) quería comer buñuelos esta noche, y yo le traigo la mejor buñolera de Granada».

No hay que decir el asombro de cuantos presenciaron o supieron esta escena, y cuánto se celebró el denuedo del insigne guerrero que así había expuesto su vida por satisfacer un deseo de su soberana.

\*\*\*

El rasgo fué imprudente, sin duda. Si Gonzalo de Córdoba hubiese pagado con su vida su arrojo, el daño para España habría sido inmenso; y reproable exponer tanto por tan nimio capricho de la soberana. Pero para juzgar al Gran Capitán (supuesto que el hecho ocurriese en efecto así) hay que tener en cuenta las ideas de aquel tiempo, muy distintas de las nuestras, y hay que considerar muchas otras cosas que vosotros comprenderéis mejor cuando seáis mayores.

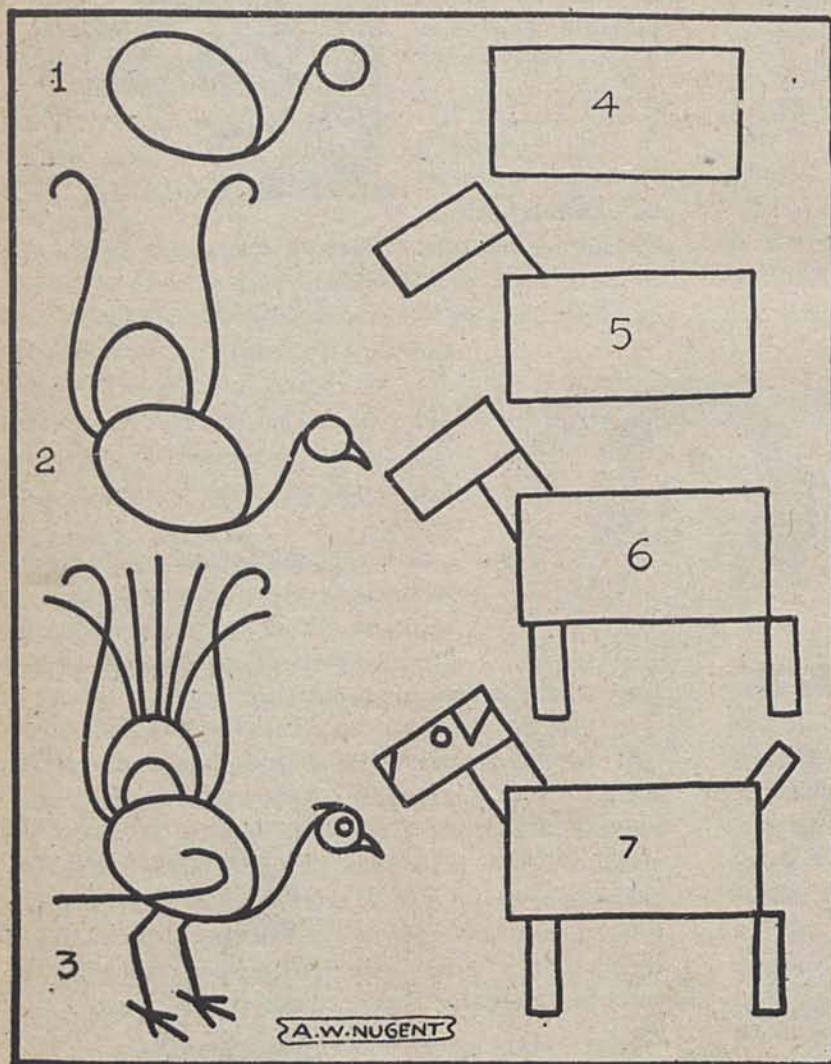




# PARA PASAR EL RATO



## TODOS DIBUJANTES



¡Pero qué cara de idiota tiene este tío!—diréis al ver el dibujo. Pero, sí, sí. Para que os fijéis de las apariencias... Lo que ocurre es que es un hombre que tiene dos caras. Una de persona y otra de caballo. No tenéis nada más que volver un poco el dibujo de forma que lo que ahora está vertical quede horizontal y os convenceréis.

Un pavo y un perro son una cosa muy seria.

O mejor dicho dos cosas muy serias.

Un rectángulo y dos óvalos unidos por una línea son la base de estas dos nuevas obras de arte.

¡Mano al lápiz, pues!

Para ser unos Murillos no os falta ya ni el canto de un duro.

## UN HOMBRE EXTRAÑO





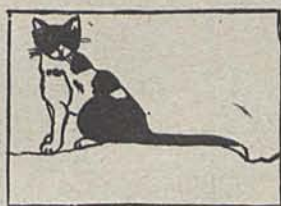
# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE JULIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi prima Soledad  
Juanita S.



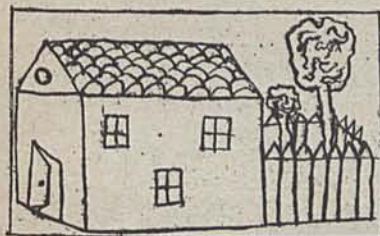
Un gato.—J. Galdona



Un amigo  
Joaquina Fuentes



Un barco  
Antonio López, 8 años



Mi casa.—Alejandro Morán



Historieta.—María Jesús Mayua, 8 años



Paisaje.—E. T., 8 años



Pirula  
Lolita Figueroa V.



Un conejo  
María Luisa



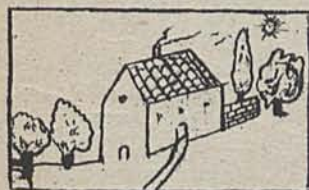
Atardecer.—Fortunatito de Mateo



Centinela.—Paquito Marín



Un automóvil  
Miguel Ángel Valentín, 9 años



Casa de campo  
F. Martí Abad, 7 años



Velero.—F. Martí Abad, 7 años



Analís.—Alberto Rubio, 11 años



Mi perro.—María Varona



El perro de Xandaró  
María Samaniego



Un niño  
Tito Ponte, 14 años



Currinche  
Rita de Castro



Rin-Tin-Tin  
M.ª R. A. y del Campo



Niña fea con gorro de dormir  
M.ª R. A. y del Campo



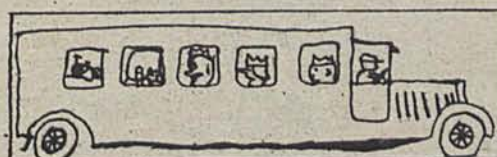
El Polo Norte  
V. de Gracia, 12 años



Un acorazado  
Jorge Camps, 9 años



Una pareja  
Francisco de Castillo



El auto de Pinocho.— Juanito de la Serna



Maruja García  
Un cochino



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LOS CINCO PÁJAROS



Estos simpáticos pájaros que véis, alegremente cantando, en el dibujo, no son pájaros...

Son cinco príncipes encantados. (El más encantado de todos es el mayor).

Es una historia muy bonita la historia de estos cinco pájaros... o príncipes...

Como queráis...

Escuchad...

Pues, señor...

Pero, ahora caigo en que en el dibujo no se ven a los citados pajaritos...

¡Esto es intolerable!

¡A buscarlos en seguida!

## EL MONO GIMNASTA



Las apariencias, inclitos amigos, engañan con una frecuencia que marea.

A primera vista parece que en este dibujo el único gimnasta es el mono.

¿No?

¡Pues estáis equivocados de medio a medio!

Y perdonad que os lo diga de una manera tan rotunda.

Soy franco por naturaleza.

La franqueza es mi divisa.

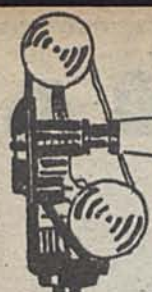
La franqueza es mi guía.

¡Loor a la franqueza!  
Si queréis saber quienes son los demás gimnastas unid los números con líneas y lo sabréis en seguida.

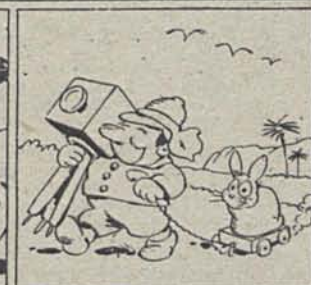
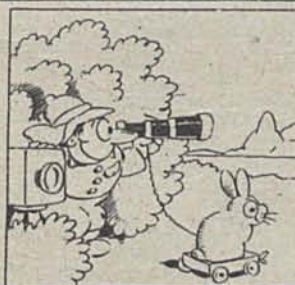
**CUPÓN** DE SOLUCIONES DEL MES 281  
DE JULIO

Envío del Pinochista D. ....





# GRAN CINE VINITONESCO





# Sección Pirula

Charlas de Pirula, .. bordadora

## ADORNOS DE BOTONES



Tilín...  
¿Han llamado? No, si es que yo tengo una Pirulinda que se llama Tilín (¿qué nombres no habrá entre mis Pirulindas?) Es decir, como llamarse, se llama Trinidad; pero de chiquitina la llamaban Trinín y ella que pronunciaba las enes como eles y las erres... de ninguna de las maneras, repetía Tilín.

Y Tilín ha seguido llamándola todo el mundo y no se puede

negar que el tener un nombre que parece una llamada de timbre es bastante divertido.

Sin embargo, a Tilín no siempre la hace gracia; por ejemplo, su hermano Cardito (este es el diminutivo de Ricardito y bien sabe Dios que es injusto porque no hay niño más simpático ni menos adusto que el tal Cardito) se divierte en llamarla, para hacerla rabiar «¡Tilín! ¡Tilín!»

Ya que os he comunicado cuanto sabía respecto al nombre y al diminutivo de esta Pirulinda que hoy os presento, volvamos a lo que iba.

Iba a deciros que Tilín tiene la manía de preguntar el «para qué» de todas las cosas. ¿Para qué sirve el termómetro? y ¿para qué los aeroplanos? ¿y los leones? ¿y el alcohol? y las agendas? Y... Y... y...

... y no para de preguntar.

Claro que a mí me encantan las niñas que preguntan mucho, porque esto demuestra que son curiosas.

Ya os estoy oyendo exclamar: Pero acaso ¿no es un defecto muy feo el de la curiosidad?

Ya lo creo que sí; cuando se tiene curiosidad por saber lo que a una no la importa y cuando se preguntan cosas que importan a los demás. Ya comprenderéis que yo no me refiero a esa curiosidad que es indiscreción y mala educación.

Me refiero a la curiosidad de Tilín que consiste en querer aprender cosas nuevas; esa curiosidad revela inteligencia y sin ella se quedaría uno siempre ignorante.

[No hay miedo que Tilín permanezca en la ignorancia por falta de hacer preguntas! Cuando me ve, no para y es una suerte que yo, Pirula, lo sepa todo; es una suerte para ella, porque a todo la contesto y es una suerte para mí, porque, de lo contrario quedaría en ridículo ante una Pirulinda lo cual sería tristísimo ¿verdad?

Pero hace pocos días se me ocurrió, después de contestar a veintitantas preguntas seguidas que me había hecho Tilín, respecto a todo lo imaginable, preguntarle a mi vez:

—Ahora me toca a mí, preguntar y a tí contestar. A ver ¿para qué sirven los botones?

—¡Toma, para abrochar! — contestó Tilín algo sorprendida de que yo ignorase una cosa tan sencilla.

—¿Me creerás, Tilín, si te afirmo que eso ya lo sabía?

—Entonces ¿por qué me lo preguntas? — exclamó Tilín algo picada.

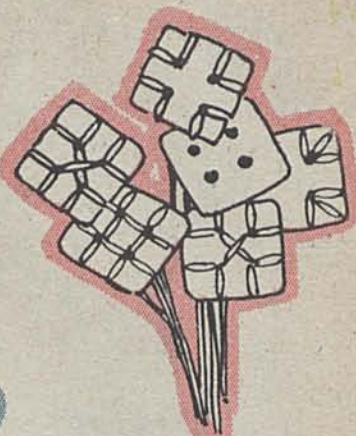
—Te lo pregunto porque los botones sirven además para otra cosa; sirven... para bordar.

Tilín me miró con un poco de desconfianza y luego me preguntó con cierta guasita:

—¿Si ¿eh? Y ¿se utilizan en lugar de la aguja o en lugar del hilo?

Pero yo he aguantado la bromita y no he contestado nada; no he contestado... porque prefiero decíroslo a todas a la vez.

Pues sí, los botones sirven para formar adornos que parecen bordados, según la disposición que se les dé y la manera como se peguen.



Y según, también, los botones que se utilicen.

Sin embargo para «bordar con botones» (si así puede decirse sin exponerse a la ironía de Tilín) sirve cualquier clase de botones, y hasta los más corrientes sirven mejor que los raros y complicados.

Varios de los modelos que os presento en esta plana, están realizados con botones de nácar vulgarísimos de los de dos o de cuatro agujeros.

Unos se colocan por grupos, formando ramilletes; en tal caso, se entremezclan con unas puntadas de cadeneta o de cordón que forman los tallos de las flores. Estas flores, si los botones son de cuatro agujeros, llevan dibujos sencillísimos formados con las hebras de seda o de algodón

al pegar los botones.

En lugar de formar ramilletes de flores, los botones pueden disponerse formando racimos, triángulos, cuadros, hileras.

Una de las disposiciones más originales, siendo de las más sencillas y fáciles es la de botones de dos agujeros colocados en dos hileras paralelas y unidos unos a otros por el hilo en diagonal; de este modo se puede adornar una tira estrecha de tela y formar así un precioso cinturón.

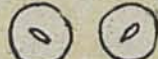
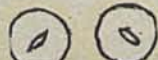
Y se puede repetir el mismo adorno en cuello y puños, con lo cual un vestido completamente liso

Como los adornos de moda, también podéis fabricarlos por vosotras una manera corriente, ra abrochar.

citó preciosos con una llada sobre sí misma y das; la aguja salir por el orilla punta-

Por último, corréis, del cent-plata.

Y otros



con un trocito de tela fruncida, relleno de algodón en rama; estos quedan redondos, parecen pildoras y...

¡Calla! esto de las pildoras me recuerda el cuento de la bruja Pildorilla; aprovecharé la ocasión para contaroslo el domingo que viene.

Del saquito de Pirula

## PARA SACAR LOS HILOS

¿Os gusta hacer vainica? ¡Sí! Me alegro. Pero, y sacar los hilos ¿os gusta también? ¡Sí! Pues me vuelvo a alegrar.

Pero cuando se trata de los hilos de una tela fina y tupida, no me negaréis que el trabajo resulta algo penoso; ¿no me lo negáis? Pues no importa, porque conozco un medio que facilita bastante la tarea de sacar los hilos; consiste en frotar el revés de la tela con jabón morcno que esté perfectamente seco.

Después de esta pequeña operación, los hilos resbalan con más facilidad y se rompen con menos... con menos facilidad,

